

crítica limpia y sincera. Además, lo que da un valor añadido, el libro se cierra con un glosario de algunos de los términos técnicos utilizados. Me parece que es un libro de texto válido para profesores y estudiantes.

Una *segunda* virtud se refiere a un aspecto más teórico. Me refiero a la apasionada defensa del «realismo» y de los problemas ontológicos de la sociología, frente a las teorías más de moda siempre vinculadas de un modo u otro a posturas constructivistas y relativistas (y post-modernistas). Creo que Benton y Craib hacen una apuesta (y quizá la hicieron con más determinación en los años setenta) gnosológica que a menudo es despreciada por las actuales corrientes más radicales de la sociología del conocimiento científico.

Por último, hay una *tercera* virtud que, personalmente, es la que me ha sorprendido más gratamente. Ya hice referencia a la escasa profundización filosófico-teórica a los problemas de fondo de la sociología. En este sentido, Benton y Craib son firmes defensores del refinamiento teórico y del valor del conocimiento en cuanto tal. Si uno no supiera que ambos son sociólogos, al leer estas palabras parecería que estamos ante defensores de la *philosophia perennis*: «El mensaje de esto es que hay un valor en el pensamiento mismo, en reconocer las sutilezas, profundidades y paradojas de las ideas que usamos, y del mundo que estudiamos, y en no evitar cuestiones difíciles porque no hay una respuesta clara para ellas» (p. 174). Ahí queda eso.

Jesús ROMERO MOÑIVAS

Ander Gurrutxaga Abad

La producción de la idea del Nosotros: somos porque estamos

(Vitoria, Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco, 2005)

El presente del Estado-Nación (editor)

(Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 2004)

El momento político actual está marcado por enconadas discusiones sobre las reformas estatutarias en España. Los debates en torno a qué es la nación española, catalana o vasca han vuelto a poner de relieve la vigencia de cuestiones como la identidad nacional (el sentimiento de pertenencia), a las que las ciencias sociales siempre han prestado especial atención. Así, tanto en el campo de la sociología política como en el de los estudios culturales, los debates relativos a nacionalismo, cultura e identidad han sido numerosos, con autores tan relevantes como Anthony D. Smith, Ernest Gellner, Michael Walzer o Benedict Anderson. En el ámbito español contamos actualmente con dos interesantes aportaciones a estas cuestiones: dos trabajos titulados, respectivamente, *La producción de la idea del Nosotros: somos porque estamos* y *El presente del Estado-Nación*, firmados ambos por Ander Gurrutxaga (el segundo como editor) y cuya publicación es, sin duda, una buena noticia. En el primer libro se analiza la creación,

mantenimiento y reproducción de la idea del *Nosotros* en la sociedad vasca: es decir, qué significa formar parte de una comunidad concreta. En el segundo proyecto, editado en 2004 y de carácter colectivo, se adopta una perspectiva más global sobre estos temas, haciendo alusión a la tensión existente entre el resurgir de los nacionalismos y el debate en torno a si el Estado-Nación, como estructura política, se encuentra en crisis ante el fenómeno de la globalización.

En *La producción de la idea del Nosotros*, Ander Gurrutxaga trata de identificar la producción de un «nosotros» en la sociedad vasca, trabajando con los resultados de una investigación realizada por el autor y su equipo y financiada por el Gabinete de Prospección Sociológica del Gobierno vasco durante el año 2003. Huyendo de cualquier tipo de esencialismos, el autor se interroga sobre los elementos que cohesionan una sociedad muy próspera y desarrollada pero, a la vez, marcada por las diferencias políticas y el fenómeno etarra. Su objetivo es descubrir qué elementos «cosen» socialmente unas sociedades fragmentadas como las actuales, centrándose en el caso específico vasco. Partiendo de una visión influida por autores ya clásicos en el debate sociológico modernidad-postmodernidad (Zygmunt Bauman, especialmente) y por filósofos como Castoriadis o Ricoeur, Gurrutxaga se sumerge en el magma social del País Vasco (caracterizado, como el autor señala de forma reiterada en el texto, por «su radical pluralidad») a la búsqueda de los soportes básicos de la conciencia del *Nosotros*: esto es, cómo se construyen los imaginarios histórico-sociales.

El libro está dividido en cuatro secciones. La primera, titulada «El valor del cambio social y los cosidos sociales», es un extenso capítulo de setenta páginas en el que el autor se interroga acerca de la cohesión en las sociedades modernas (o postmodernas), desde una aproximación fundamentalmente teórica. En un contexto de fragmentación social en el que desaparecen los centros incuestionables, Gurrutxaga reflexiona sobre cuestiones generales como la identidad, la nación y el Estado, la tarea de la política, el multiculturalismo, el debate entre los nacionalismos cívico y étnico, y la seguridad en tiempos de incertidumbre. En la segunda parte, «La sociedad vasca en la construcción de la conciencia del *Nosotros*», se desarrolla el tema central del libro: la creación, mantenimiento y transformación de una idea del «nosotros» en la sociedad vasca contemporánea, analizando tanto los ejes fundamentales de su estructura social como la génesis histórica de la misma. El País Vasco se habría caracterizado por una modernización diferente, en la que la sociedad habría «engullido» la tradición, sin aniquilarla, lo que permitiría la pervivencia de una cierta cultura política. El escenario ganaría en complejidad ante la división política entre derecha tradicional, nacionalismo y socialismo, y la inmigración desde otros lugares de España. La conciencia del *Nosotros* se presentaría así como un conflicto sobre la definición del ser vasco, lo que llevaría a la adopción, por parte de los individuos, de estrategias de seguridad en lo tocante a la identidad. De este modo, los sujetos se orientarían a tomar, como elemento de cohesión, una serie de mínimos comunes construidos a partir de la interdependencia en el contexto de la vida cotidiana. Esos mínimos comunes se constituirían

como certidumbres en la definición del Nosotros, a lo que se añadirían las instituciones que garantizarían, de forma inexcusable, esos cosidos sociales. El autor hace hincapié en el pluralismo de la sociedad vasca, presentándola como ejemplo de una cultura híbrida.

La tercera sección, «El tiempo histórico como tiempo de lo social», plantea la relación entre tiempo y sociedad, dando un papel central al factor histórico. De este modo, Gurrutxaga repasa la transformación histórica del Estado español desde el siglo XIX hasta la actualidad, y la relación de éste con el País Vasco, con especial atención al fenómeno nacionalista. Se describe la ambigua relación entre el nacionalismo vasco y el Estado, las divergencias políticas y la perturbación etarra, en un análisis muy interesante en el que se pronostica un futuro de luces y sombras. El autor destaca la incapacidad de la narrativa nacionalista tradicional para acoger a todos los miembros de la sociedad, señalando la importante diferencia entre construir una nación y construir una sociedad. Al final, serían los mínimos, los elementos periféricos, los que terminan por «coser» la sociedad.

Finalmente, «La economía política de la seguridad», última sección de la obra, se centra de nuevo en los procesos de constitución de la voz colectiva vasca. El diálogo entre los individuos fijaría esa cultura híbrida («una cultura de frontera») en un proceso de construcción permanente. La idea de que «aquí se vive bien» y las expectativas institucionalizadas del «Estamos» («Somos porque Estamos») son más fuertes que la cohesión a través de la política, la cual apasiona, pero a la vez no cumple con lo esperado. En esta sección se realizan alu-

siones a la investigación cualitativa realizada, que utilizó grupos de discusión siguiendo el marco teórico propuesto por autores como Jesús Ibáñez o Luis Enrique Alonso. El trabajo finaliza con un apartado de conclusiones con un formato casi programático, en el que se alude de nuevo a las principales ideas del texto.

La aportación fundamental de esta obra es la de considerar la identidad colectiva como algo abierto a múltiples interpretaciones y posibilidades electivas. Frente a los discursos esencialistas tan habituales en los últimos tiempos, el autor toma al País Vasco como un ejemplo de sociedad plural, híbrida, en la que no cabe una definición rigurosa del «Nosotros». Tenemos, por tanto, un «juego de periferias», en el que elementos presentes en nuestra vida cotidiana toman una importancia fundamental en la cohesión social, lo que es una idea interesante. El vuelo teórico del trabajo es alto, con numerosas referencias a las principales corrientes. Se trata así de un trabajo valioso que, desde la sociología, muestra además caminos de convivencia en las sociedades, ajenos a la crispada situación política. Sin embargo, habría que señalar el énfasis en lo cotidiano y lo cultural, que en ocasiones no deja espacio suficiente al análisis del papel de las instituciones políticas y sociales en la construcción de ese Nosotros. Quizá también deba señalarse que a lo largo de toda la obra hay muy pocas referencias a la investigación empírica, sobre la que interesaría conocer algo más, o tener más detalles. Finalmente, es imprescindible indicar que el libro se centra en perseguir aquello que une, frente a lo que separa: posiblemente sería de gran interés un análisis complementario y en profundidad sobre qué es lo que está sepa-

rando en la sociedad vasca, pues la sociología no debe centrarse únicamente en la búsqueda de lo integrador, sino también, y sin caer por supuesto en otros esencialismos, en estudiar las razones del disenso, que desde luego está muy presente en el caso estudiado.

El segundo trabajo, *El presente del Estado-Nación*, es un libro colectivo resultado de un Coloquio Internacional celebrado en la Universidad del País Vasco sobre dicha cuestión. En este trabajo se trascienden los límites de la sociedad vasca (aunque el tema vasco sigue presente en varios de los artículos del libro) para plantearse cuestiones de alcance global, como es el presente (y, de alguna manera, el futuro) del Estado-Nación. Gurrutxaga señala en la introducción que esta institución política no se encuentra exactamente en crisis, aunque sí se está enfrentando a nuevas realidades, referencias e identidades: por ello pretende, desde una perspectiva interdisciplinar, analizar esas transformaciones desde diferentes miradas. El editor en ese sentido realiza un buen trabajo: el presente del Estado-Nación es analizado desde la sociología más teórica y desde la más empírica, desde el postestructuralismo y la psicología social, desde la antropología y la ciencia política. La pluralidad de enfoques de sus colaboradores es incuestionable, con referencias continuas a los principales debates y citando a los autores más relevantes (como Gellner, Smith o Anderson).

El libro está de nuevo organizado en cuatro secciones. La primera parte, «El estado de la cuestión», consta de tres capítulos. Gurrutxaga se interroga en el primero sobre el presente del Estado-Nación en estos tiempos de incertidumbre, señalando una serie de elementos que

han tenido un impacto considerable en el declive de un cierto imaginario político asociado al mismo. De esta forma, la nación gozaría de una buena salud frente a una cierta parálisis del Estado, en un escenario de creciente separación entre ambos. El autor incide en que nos encontramos en un tiempo de amalgamas, de culturas híbridas, caracterizadas por una mayor complejidad e incertidumbre. Para Gurrutxaga, en cuyas líneas volvemos a encontrar ecos de la obra de Castoriadis, las sociedades son sociedades mientras lo imaginan con éxito. Sigue más o menos los argumentos que desarrollará, en mayor profundidad, en *La producción de la idea del Nosotros*, anteriormente comentado. El segundo trabajo de esta sección se centra en la idea de nacionalismo cívico en una sociedad multicultural. Alberto Spektorowski realiza una dura crítica al multiculturalismo, señalando que éste está en crisis ante el fenómeno del terrorismo de Al-Qaeda y la influencia de las tesis del choque de las civilizaciones de Samuel Huntington. Propone para Europa un nuevo republicanismo, basado en el carácter cívico de una sociedad con identidades culturalmente muy definidas, sin admitir el empate o la neutralidad cultural de las instituciones estatales. Alberto López Basaguren realiza en su trabajo un interesante recorrido histórico de las relaciones entre los Estados-Nación y las minorías nacionales existentes en los mismos. Describe así los principios de unificación nacional surgidos tras la Revolución Francesa y su evolución hasta la crisis del principio de nacionalidades en la política europea (aplicado tras la Primera Guerra Mundial y que dio lugar a la formación de Estados de Europa oriental como Checoslovaquia o Polonia), en la actualidad orientados hacia estándares de protección de esas mino-

rías. De este modo, Europa es hoy un modelo de integración de la diversidad, en el que los Estados-Nación ni desaparecen ni pierden poder.

La segunda parte, «Aspectos conceptuales y metodológicos», consta de cuatro capítulos. El primero, firmado por Mario Sznadger, reflexiona sobre los problemas actuales del Estado-Nación, como la absorción de las minorías, la anomia (en lugares como Rusia) o la globalización. No obstante, el autor considera que el Estado-Nación tiene una larga vida por delante, y no sólo por su capacidad de adaptación, sino por la falta de una alternativa capaz de no replicar sus problemas estructurales. Ramón Máiz trata en su aportación de superar la dicotomía establecida en teoría política entre los conceptos de nacionalismo cívico y nacionalismo étnico, denunciando sus serios problemas empíricos. El nacionalismo cívico, presente en Europa occidental, se basaría en lo político frente al étnico, más centrado en lo cultural e incluso lo biológico. Máiz critica que los ataques al nacionalismo étnico se han hecho desde una posición que no es en absoluto neutral: así, los presupuestos del nacionalismo cívico tendrían también bases étnico-culturales que implicarían el silencio de sus minorías. La siguiente contribución es la de Joseba Gabilondo, y es una de las más interesantes del libro al acercarse a un marco teórico más novedoso. Este autor, frente a las teorías de Gellner y Benedict Anderson, propone una redefinición postestructuralista y postnacional del Estado-Nación inspirada en el psicoanálisis de Jacques Lacan. Se trata así de repensar la nación como la comunidad imaginada por el Otro, en un esquema en que el Otro son el resto de los Estados y lo Real (en el sentido lacaniano del térmi-

no) las colonias. Lo nacional se entendería no como una identidad, sino como una diferencia: así, Europa se imaginaría como diferente de un Otro norteamericano imperial, aunque después hay un Real subalterno (las ex colonias, todavía dominadas) que todavía está presente. Finalmente, Mikel Villarreal y Eduardo Apodaka realizan una valoración del presente y futuro de las identidades nacionales desde la psicología social. Lo fundamental desde esta perspectiva es el proceso de identificación del individuo con la nación, que surge en la interacción social. El ámbito público se habría caracterizado tradicionalmente por una igualdad entre ciudadanos, frente a la diferencia que constituiría la base del ámbito privado: en la actualidad esta distinción estaría muy cuestionada, en un nuevo escenario de hibridación cultural y mayor dispersión de los marcos institucionales.

La tercera sección, «Dimensiones y mecanismos del Estado-Nación», cuenta con tres capítulos. En el primero, Jorge Benedicto y M.^a Luz Morán tratan de desarrollar una sociología empírica de la ciudadanía, demandando un análisis multidimensional de la misma con dos ejes: uno de Pertenencia, centrado en una lógica de identificación, y otro de Implicación, basado en el extrañamiento, la conformidad y el activismo. Las categorías presentadas pueden servir, según los autores, para estudiar las representaciones sociales de la ciudadanía. El capítulo es interesante, aunque quizá deje de lado aspectos subjetivos que difícilmente pueden ser captados con el esquema de categorías propuesto: pretende superar clasificaciones abstractas proponiendo una aproximación que dejaría de lado aspectos discursivos imposibles de captar a partir de un enfoque analítico. En el segundo,

Alfonso Unceta se centra a la hora de diagnosticar si el Estado-Nación está en crisis o no en la marcha de la educación pública. Unceta constata la crisis del medio escolar en el ámbito de la educación estatal, frente a un discurso neoliberal en el que priman la cultura mercantil del éxito y la productividad, con un apoyo implícito (y a veces explícito) a las escuelas privadas. Por último, Jesús Azcona reflexiona acerca del concepto de cultura nacional desde una perspectiva antropológica. Centrándose en el caso vasco, cree que la sustitución de la vieja cultura política vasca por una nueva más integradora (basada en la cultura cotidiana) tendría una influencia importante en la diáspora que allí se produjo. Se seguiría, por tanto, el argumento de lo cotidiano como elemento de cohesión, tal y como hace Gurrutxaga en su trabajo. Azcona concluye su texto con la idea de que las incertidumbres de la postmodernidad, más que caos, podrían influir en una rehumanización, al desaparecer los excesos de la utopía modernista.

Finalmente, el último bloque, «Procesos concretos», tiene cuatro capítulos. Mikel Arriaga busca reivindicar la diversidad y la igualdad en la nación vasca, aunque en su texto atiende a cuestiones más globales. El autor señala la necesidad de una sociología crítica y comprometida frente a un Nuevo Orden Mundial, «mentira del imperio aplaudida por sus socios coloniales». Arriaga indica que el Estado-Nación sigue representando el imaginario más fuerte de identidad política, y demanda una radicalización de la democracia frente al contexto de globalización neoliberal. Beatriz Acha se centra en el discurso de la extrema derecha europea, sugiriendo que ha tenido una influen-

cia en el fortalecimiento del Estado-Nación. En su interesante capítulo sugiere que, en la actualidad, gran parte del discurso político de los partidos democráticos está recogiendo el programa de los extremistas en cuestiones como la inmigración, reflexión que no deja de resultar escalofriante (sobre todo porque está describiendo algo muy real). La breve y sintética aportación de Salvador Cardús i Ros, con el acertado título de «Una mala salud de hierro», coincide fundamentalmente con las tesis de Gurrutxaga al indicar que no existe tanto una crisis del Estado-Nación como una simple redefinición de sus instrumentos de dominación tradicionales. Por último, la sección y el libro concluyen con una última aportación de Ana Aliende, en la que analiza la construcción de las diferencias regionales en un contexto marcado por la globalización, centrándose en el caso navarro. Tras describir la situación histórico-social y política de Navarra, Aliende señala que la identidad se construye, en sociedades modernas caracterizadas por el pluralismo y la heterogeneidad, en la vida cotidiana. Así, su perspectiva coincide con los planteamientos de Gurrutxaga.

En términos generales, *El presente del Estado-Nación* es una contribución interesante a uno de los debates más candentes en la sociología política. El nivel general de los capítulos es bueno, y la pluralidad de enfoques, amplia. Se observa una línea dominante en la que se reconoce que, a la larga, no se puede hablar de crisis del Estado-Nación, sino de una transformación y adaptación ante el nuevo contexto de la mundialización de los mercados. El trabajo presenta asimismo algunos problemas. En primer lugar, pese a esa amplitud de perspecti-

vas, algunas visiones quedan excluidas: de este modo, los análisis cercanos a perspectivas neomarxistas como los de Wallerstein son dejados de lado. En segundo lugar, no está muy claro el sentido de la división en secciones, dado que hay capítulos claramente metodológicos como los de Benedicto y Morán que, sin embargo, se encuentran encuadrados en la sección de dimensiones y mecanismos del Estado-Nación. Asimismo, a un nivel formal se hubiera requerido una mayor pulcritud en la cuestión de las erratas, especialmente en el capítulo de Mario Sznajder, en el que el número

de errores tipográficos y ortográficos es realmente muy elevado.

En conclusión, los trabajos de Ander Gurrutxaga son una interesante contribución sociológica de la que, sin lugar a dudas, podemos aprender sobre dos elementos esenciales en la configuración de nuestra identidad: el Estado-Nación y, quizá en mayor grado, nuestra propia vida cotidiana.

Carlos Jesús FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ
